

La memoria de los días salmantinos salpica el tomo *Direcció Lisboa* (1975). Aquí recuerda las andanzas de Unamuno por Portugal y se detiene en ponderar su memoria y su amplio equipaje de lecturas: «Unamuno en feia la impressió, a nosaltres, tan forasters, de tenir tantes coses al cap que la seva capacitat d'expressió no donava l'abast per a manifestar el que portava»²⁴. La torrentera de ideas que la personalidad de Unamuno llevaba consigo no se le escapó a Pla, transeúnte salmantino de 1921.

En el dietario de 1921 Pla retrata magistralmente a Unamuno. Retrato exterior de ademán balzaciano que se torna pronto en inteligente introspección analítica: el permanente nerviosismo, el hablar «curvilini i ondulant», el monólogo como forma de expresión de «les *entretelas* per avall» y la memoria con su fluir inagotable. La fascinación que el joven Pla sintió por Unamuno se advierte en la agudeza y la penetración con las que su pluma se acerca al maestro que le parece «un home entrat en el que ell deia l'agonia, o sia en la lluita, el frenesí i l'orgia dialèctica»²⁵.

Al margen de las conversaciones sobre poesía, Unamuno catalizó el descubrimiento del paisaje de Castilla por parte de Pla, quien al tomar el tren para marcharse de Salamanca, y al compás de un poema de *Campos de Castilla*, nos ofrece una delicadísima visión del paisaje castellano. La pupila de Pla se inunda de los infinitos horizontes castellanos: «Es veu el cel que va acercar la terra i com li passa la mà per la cintura per emportar-se-la». Pero la nota final impone la realidad desde la razón pragmática. Los horizontes verticales son ilusiones del espíritu: «Més que la fantasmagoria òptica –i mística– és el blat el que compta a Castella»²⁶. La óptica de Pla se ha contagiado de la sensibilidad con la que el 98 miraba el paisaje de Castilla, pero la divagación lírica no ha conseguido apartarle de la realidad, sabedor de que son las representaciones de lo trivial y de lo cotidiano las que, en verdad, desafían al tiempo. Es el arte de Pla.

Si estos pasajes del dietario de 1921 nos acercan a Unamuno y al paisaje castellano como prueba indeleble de la admiración que el joven Pla sintió por el adalid del 98, un grupo de artículos de cerca de cuarenta años después (*Destino*, 1964 y 1965) retornan a la personalidad de Unamuno. En medio quedan las crónicas parlamentarias para *La Veu de Catalunya* (1929-1936), en las que Unamuno adquiere, en algunas ocasiones, estatura de protagonista, y las notas de *Madrid. L'Adveniment de la República* (1933).

El retorno fue polémico: Jordi Maragall y José María Valverde replicaron a los juicios que Pla había formulado en torno a Unamuno. Sería un

²⁴ Josep Pla, «L'itinerari central», *Direcció Lisboa*, OC, Barcelona, *Destino*, 1975; t. XXVIII, p. 115.

²⁵ Josep Pla, «Salamanca, 25 de febrer: Unamuno», Madrid, 1921. Un dietari, OC; t. III, p. 503.

²⁶ Josep Pla, «1^{er} de març: el tren», *Ibidem*; p. 507.

capítulo interesante, pero aquí conviene exclusivamente detenerse en los trazos con los que el solitario de Llofriu recordó a los lectores de *Destino* al catedrático salmantino. El baúl de la memoria que Pla utiliza en 1964 procede más que de los días salmantinos de 1921, de los meses parisinos de 1925 (de las caminatas junto al Sena y de las tertulias en *La Rotonde* de Montparnasse) y de los días republicanos en el Madrid de los años treinta, cuando Pla tiene un prestigio periodístico indiscutible y cuenta ya con una obra literaria de notable importancia.

El retrato de Unamuno tiene, como es frecuente en el arte de Pla, una dimensión física. De los ingredientes que componen la figura del maestro vasco, Pla se detiene en la indumentaria. Buen conocedor de *La Comédie Humaine* y del arte de Balzac, Pla considera la vestimenta unamuniana como metonimia de su psicología —«Unamuno no anava vestit d'artista. Anava vestit d'una altra manera, vestit d'individualista»²⁷— y como metáfora de sus ansias de inmortalidad. El uniforme unamuniano, como la barba de Valle-Inclán, son a su juicio coadyuvantes de su máxima aspiración: «quedar en la memoria aliena i, físicament almenys, quedaren de veritat esteriopats, fidedignes i incommovibles» (431).

Midiendo la figura de Unamuno por un rasero balzaciano, Pla lo presenta como el paradigma del pequeño burgués. Es el rasgo recurrente de su retrato y, al menos en media docena de ocasiones, recurre a presentarlo como «el burgès modèlic, de l'època del capitalisme clàssic» (442), adivinando, no obstante, que sin ser socialista tenía una mal disimulada cordialidad hacia el socialismo. Obsesionado por el ahorro, por la regularidad de los actos cotidianos, poco dado a los cambios y con un infinito horror a la adulación y al elogio fácil y gratuito, los rasgos de la personalidad de Unamuno que recrea la prosa ágil y aguda de Pla van a converger en el convencimiento que el gran escritor noventayochista tenía de su valor y de su significación: «Tenia una idea bastant clara d'ell mateix» (443).

En el dominio de las ideas políticas, Pla, que ha obsevado su aparente condición de agitador y de histrión que mal escondía unas convicciones graníticas, lo define (creo que con todo acierto y rigor) como «un pur i simple liberal» (444). En el ámbito estético y literario, Pla se siente impotente para trazar un perfil satisfactorio de Unamuno. Lector impenitente de su obra y conocedor de que una parte muy importante de ella andaba en los papeles periódicos, percibió la tendencia unamuniana a contemplar el mundo en forma de artículo o de capítulo de un libro. Es posible que su insistencia en ver a Unamuno completamente dominado

²⁷ Josep Pla, «Don Miguel de Unamuno: la seva figura física», *El passat imperfecte*, OC; t. XXXIII, p. 433. En adelante cito este trabajo en el propio texto, indicando entre paréntesis la página.

por el oficio de escribir, fuese producto de su propia contemplación en el espejo, cuya materialización literaria es ese libro magistral e insólito en las letras peninsulares que es *El Quadern gris*.

Los juicios de Pla acerca de los múltiples géneros literarios que Unamuno practicó son muy lacónicos. Le parecían menores los artículos políticos que no cesó de escribir durante la República: «de vegades la passió és tan forta que arrosega els esperits més distingits» (436). Las poesías las califica a la vez de excelentes y de anticuadísimas, si bien «les ferotges poesies de París», en referencia indudable a los «Sonetos de París», segunda parte de *De Fuerteventura a París. Diario íntimo de confinamiento y destierro vertido en sonetos* (1925), que Pla conocía de primerísima mano, le parecían magistrales por sus sarcasmos irónicos. Lo mejor, el impulso decisivo de la obra unamuniana, está, a su juicio, en los *Ensayos*, que Pla siempre menciona con el complemento «de la Institución», aludiendo a la edición de la Residencia de Estudiantes (1916-1918) en siete tomos. La razón de esta preferencia tiene que ver con las dos notas primordiales que todo ensayo debe atesorar: la subjetiva y la objetiva. En los *Ensayos* palpaba la personalidad entera del maestro, y al mismo tiempo adivinaba su condición de *palimpsesto*, producto de la inmensa capacidad de absorción que Unamuno, mediante la lectura, tenía, y que Pla caracteriza como «una inmensa esponja» (448). En el fondo, los *Ensayos* son –y Pla lo sabe– la columna vertebral de una personalidad y de una obra, necesariamente unida a su país y a su tiempo: «Mai no es volguè separar ni del seu temps, ni del seu país, ni de la seva homenia personal. Això forma un embalum considerable» (449)*.

Adolfo Sotelo Vázquez

* Las notas que el universo literario de Pla dedica a Azorín, Baroja y Maeztu constituirán la segunda parte de presente trabajo.



Josep Pla y Camilo José Cela, en el mas Pla (1965).
Fotografía de Ramón Dimas.